

aquel recinto, trepando con toda la velocidad posible por la pendiente que hasta allí le condujera.

Al cabo de un buen rato de camino, el aire libre azotó su rostro pálido y oyó el monarca á las aves que piaban escondidas entre los árboles. Entonces no tardó en hallarse fuera de la cueva.

Las primeras luces de la mañana iluminaban los campos.

Rodrigo soltó la tea y cayendo de hinojos junto á la misma cueva, dió fervorosamente gracias al cielo que de aquella sima de horrores y de nigromancia le habia sacado, para volverle á la luz del día y al aire de los bosques.

## II.

### FLORINDA.

Es solo una fábula lo que de contar acabamos?

Puede ser.

Lo cierto es que graves y sesudos historiadores la refieren; que reputadas crónicas la afirman.

Dejémosles á unos y á otras toda la responsabilidad y prosigamos nosotros la narracion empezada.

Terminado su rezo, Rodrigo se levantó y aspiró el aire á grandes sorbos como si de él quisiera llenar sus pulmones fatigados. En seguida se puso á recorrer el campo á la ventura, pensando en lo que le habia acaecido y en la importancia que podia dar á todos aquellos agujeros y fantasmas.

La oracion, es verdad, habia tranquilizado mucho la inquietud de su alma,

pero el pronóstico fatal no se apartaba de su imaginacion y leia con los ojos del alma uno á uno todos los fatídicos rótulos como si con un buril de fuego una á una le hubiesen escrito las letras en su mente.

Se entró en el bosque, buscó la frescura de los árboles, bañó su cabeza ardorosa en el agua fria de un murmurante arroyo, quiso escuchar los susurros de los árboles, trató de deleitarse con el canto de las aves, nada bastó á calmarle, nada pudo extinguir la voz sorda de los agujeros.

Daba por cierto lástima Rodrigo.

Sus cabellos pendian lacios al rededor de su cabeza, su rostro estaba excesivamente pálido, apagada su mirada, mudos los rasgos de su fisonomía, ausentes de ella el orgullo y la altivez, caidos sus brazos, flojas y vacilantes sus piernas.

Mucho tiempo hacia ya que discurría por el bosque y á fuerza de pensar habia llegado por cierto á no pensar nada, á dejar rodar su fria idea por un espacio vacío como hoja seca que arrebatada el aire, cuando un espectáculo inesperado cautivó repentinamente toda su atencion.

Dos hayas como dos hermanas cariñosas habian entrelazado sus ramajes en un púdico abrazo. Una al lado de otra, juntas habian nacido, juntas crecido, juntas vivian. Sus robustos troncos apenas se apartaban uno de otro, y tendian entre ellos como un lazo una alfombra aterciopelada de menuda yerba, sobre la cual, en descuidada postura, lánguidamente descansaba una muger en aquel instante.

Parecia una ninfa de los bosques sorprendida bajo el dosel de ramas por los rayos matinales.

Nada quizá mas hermoso que aquella muger ante la cual se detuvo sorprendido Rodrigo, como Acteon al descubrir por entre el bordado follaje á la encantadora Diana.

Iba sencilla pero graciosamente vestida. El *estrinjio*, es decir, una túnica de blanca y finísima lana le caia en abundantes pliegues hasta los piés que asomaban su diminuta forma; su talle, flexible como el de la tierna caña que crece á orillas de los rios, veíase perfectamente delineado merced á una especie de cinturón formado de cordones de oro y plata; habíase envuelto, quizá para resguardarse del aire fresco de la mañana, con el *amiculo*, esa airosa capa de lino heredada de las mas coquetas damas romanas; su cabeza reposaba pensativa en su brazo desnudo y cuya blancura escedia á la nieve de la montaña; su semblante era todo un fascinador tesoro de detalles. En primer lugar, sus cabellos rubios bajaban en olas de oro á perderse entre los pliegues

que le formaba la túnica en el seno; una corona que ella misma se había tejido con pudorosas violetas y con la púrpura flor de los granados, ceñía su frente como una diadema; sus ojos eran negros y parecían nadar en todo un vacío de voluptuosidad que magnética filtraba á través de la sedosa franja de largas pestañas; sus labios eran del coral mas puro y habían quedado aun entreabiertos por su última fugitiva sonrisa, como entreabierta queda la corola de la flor así que en ella ha penetrado el beso cálido de la brisa; su rostro, en fin, del óvalo mas perfecto bajo cuyo fino cutis se transparentaba el rosado oleaje de la sangre, era el rostro de una Niobe á quien hubiese acertado á dar vida el buril de un Pigmalion.

Rodrigo permaneció suspenso ante aquella seductora criatura que un romano hubiera tomado por la ninfa Ejeria, y fuese poco á poco acercando á ella como para contemplarla mejor en su olvidado abandono, pero por cauteloso que fuese su paso, llegó sin duda á oídos de la hermosa, pues que se puso de un salto en pié volviéndose estremecida como la corza sorprendida en su morada de juncos por el sigiloso cazador.

Al movimiento de la jóven, el rey se detuvo.

En cuanto á la bella soñadora, al ver al rey lanzó un grito, y murmuró:

— Don Rodrigo!

Este se adelantó sorprendido.

— Bella desconocida, es mi nombre el que ha salido de tus labios?

La jóven estaba en pié, bajos los ojos, pudorosa, casi nos atreveríamos á decir replegada en sí misma como una cándida sensitiva.

El monarca se acercó y tomóla una mano que la hermosa solo dió con resistencia. Rodrigo, no haciendo en ello mas que cumplir con la inconstancia y versatilidad de su carácter, lo habia ya olvidado todo. No recordaba ni por asomo sus aventuras de la cueva, la fatídica profecía, ni los tristes pensamientos que hasta aquel instante mismo cobijara. Todo habia desaparecido ante la imájen de aquella muger. El rey desaparecia tras el hombre, el monarca audaz retador de sombras y fantasmas volvia á ser el galanteador caballero de las damas, el primer vasallo de la belleza. Rodrigo se sentia fascinado, vencido.

— Qué hermosa es la corona que ciñe tu frente, bella jóven! — murmuró con dulzura, — pero, qué bien sentaria en ella una diadema de oro!

La jóven alzó los ojos, y tan lúbrico rayo vió sin duda brillar en los del monarca, pues que volvió á bajarlos diciendo:

— No hay frente que mejor la ciña que la de Egilona, mi reina y señora.

Al oír el nombre de su esposa, evocado quizá por la jóven como un escudo salvador entre ella y la concupiscencia del monarca, Rodrigo soltó la mano que tenia cojida y pareció fijar aun con mas atencion la vista en la desconocida.

— Conoces tú á mi esposa?

— Soy una de sus damas, señor.

— Es verdad; debiera habérmelo dicho tu traje.

Hubo un momento de silencio. La dama de Egilona con los ojos bajos sentia la devoradora mirada del rey recorrer todo su cuerpo y encender su rostro. La pobre jóven, sola en el bosque con el monarca cuyas ruidosas orjías se habian hecho célebres en todos los dominios godos, temblaba como la pobre garza cuando aturdida palpita bajo la garra del fiero gavilán.

Rodrigo rompió de nuevo el silencio.

— Quien te colocó al lado de la reina? — preguntó.

— Mi padre.

— Y quien es tu padre?

— El conde Don Julian.

— He oido este nombre como el de uno de mis mas aguerridos y nobles caballeros. Como te llamas?

— Florinda.

— Florinda, eres la mas hermosa de las mugeres.

— Señor...

— Te lo juro, Florinda, eres bella entre las bellas, y por Dios que ignorante vivia de que hubiese en mi corte una muger á quien todas las mugeres hubiesen de adorar como esclavas.

— Oh! señor! la reina Egilona es mucho mas bella.

— Diez reinas Egilonas no valen lo que tú, Florinda! — exclamó Rodrigo con arrebatado.

Habia tal desenfreno de pasión en aquellas palabras, que la jóven se hizo atrás asustada.

— Me huyes, Florinda? — balbuceó el rey arrojándola una mirada de fuego y alargando el brazo para cojerla por un pliegue de su capa. — No te gustaria á tí el amor de un rey? No sabes tú lo que es amor, Florinda?

— Sé lo que es amor, Don Rodrigo, — contestó la jóven con trémulo acento, — sé lo que es, oh! sí. Una vez he amado á un hombre que es mi desposado y que junto á mi padre combate, esperando el dia en que pueda llamarse mi esposo.

— Y donde está ese hombre?

— En Ceuta, de cuya ciudad es vuestro gobernador mi padre.

— Y tú le amas?

— Sí señor.

— Pues bien, — dijo el rey mordiéndose ligeramente los labios — me dirás su nombre para que le mande todavía mas lejos.

— Mas lejos, y porqué?

— Porque tú no puedes amarle ya, Florinda.

— Señor...

— No puedes amarle te digo.

— Pero porqué?

— Porque yo te amo!

Y al pronunciar esta palabra, el rey quiso rodear con su brazo el talle de la jóven. Esta dió un salto y se colocó á cuatro ó cinco pasos de distancia.

— Atrás, señor, — murmuró con un acento que tenia algo de varonil y clavando en el monarca unos ojos que lanzaban rayos, — atrás! no os acerqueis! Si vos olvidais tan facilmente á la reina Egilona, yo no olvido, nó, á mi desposado. Retirad la palabra que habeis dicho, esta palabra solo puede oirla vuestra meretriz ó vuestra esposa... Meretriz aun cuando quisiera no puedo, que soy noble: vuestra esposa aun cuando pudiera no querria, que soy desposada.

Al oír este lenguaje enérgico, Don Rodrigo se detuvo temblando de ira y de coraje. El audaz monarca no podia permitir que se le desobedeciera jamás en el mas leve de sus caprichos, y por lo mismo, ciego de pasión, se abalanzó hácia la jóven, que de fijo hubiera huido lijera como una cierva, á no ver aparecer entre los árboles á un grupo de palaciegos.

Por lo mismo, se mantuvo quieta y clavó al rey en su sitio diciéndole:

— Reportaos, señor; he ahí á los vuestros.

Y en seguida de haber dicho esto, se adelantó y pasó por junto al rey serena, altiva, impasible, arrojándole una especie de mirada desdeñosa y con ella estas palabras:

— Entendido debeis tenerlo para siempre, Don Rodrigo. Florinda no os quiere para esposo y os desprecia para amante.

Y pasando de largo, se dirigió á los que llegaban:

— Ahí está el rey á quien sin duda buscais, señores.

Los favoritos del monarca, á quien el cuidado que tenían por su suerte, les hacia divagar por los alrededores de la cueva donde habian visto hundirse al rey la noche anterior, lanzaron una exclamacion de gozo y precipitáronse hácia Rodrigo junto al cual se agruparon con gritos de alegría y de contento.

En cuanto al rey, inmóvil, ceñudo, tenia clavada la vista en la hermosa jóven que se alejaba pausadamente y con orgullo. Sus ojos no la abandonaron hasta haberla perdido entre el follaje.

Así que hubo desaparecido, pareció Rodrigo haber recobrado el habla, y volviéndose hácia el *guardingo* de su palacio, que era el que mas cerca acertaba á estar de su persona, le dijo en voz baja:

— Has visto á esa joven que se alejaba?

— Sí, señor.

— La has conocido?

— Es Florinda, la hija de Don Julian.

— Pues bien, esta noche ha de ser mia. Yo amo á esa joven.

— Señor, es la virtud mas salvaje de nuestra corte.

— No me importa.

— Es casi un imposible lo que pedís, — continuó el *guardingo*.

Don Rodrigo miró á su privado con unos ojos brillantes de fiereza.

— Es que yo amo á esa jóven, te he dicho.

— Señor...

— Y ha de ser mia te repito.

El *guardingo* titubeó, pero bajando por fin la cabeza, se le oyó murmurar:

— Será vuestra!

### III.

#### VENGANZA.

Al día siguiente, un mensajero partia de Toledo para Ceuta. Era enviado por la bella Florinda.

Iba en busca de su padre el conde Don Julian y llevaba un pergamino en el que la trémula mano de la hermosa jóven habia escrito estas punzantes y doloridas palabras:

«Ojalá, padre y señor, ojalá la tierra se me abriera antes que me viera puesta en condicion de escribiros estos renglones, y con tan triste nueva ponerlos en ocasion de un dolor y quebranto perpetuo. Con cuantas lágrimas escriba esto, estas manchas y borrones lo declaran; pero si no lo hago luego, daré sospecha que no solo el cuerpo ha sido ensuciado, sino tambien amancillado con mancha y infamia perpetua.

«Qué salida tendrán nuestros males? quién sin vos pondrá reparo á nuestra cuita? Esperaremos hasta tanto que el tiempo saque á luz lo que ahora está secreto, y de nuestra afrenta haga infamia mas pesada que la misma muerte?....

«Avergüenzome de escribir lo que no me es lícito callar. O triste y miserable suerte! En una palabra, vuestra hija, vuestra sangre, y de la alcurnia real de los godos, por el rey Don Rodrigo al que estaba (mal pecado) encomendada como la oveja al lobo, con una maldad increíble ha sido afrentada. Vos, si sois varon, hareis que el gusto que tomó de nuestro daño, se le vuelva en ponzoña, y no pase sin castigo la burla y befa que hizo á nuestro linage y casa.» (1)

Esta carta encendió en ira á Julian. El tigre al llegar á su caverna y al encontrarse sin sus hijuelos, no estalla en menos gritos de furor, en menos rugidos de rabia que los que salieron del oprimido pecho del noble godo.

Decidió vengarse, pero no podia ser una venganza vulgar y futil, era preciso una venganza espantosa, bárbara, sangrienta.

Partió el conde arrebatadamente á Toledo, arrancó su hija de manos del rey y tornando en seguida á la ciudad que gobernaba, inflamado en cólera, martirizado por el punzante aguijon de la perdida honra, acudió inmediatamente á la ejecucion de su desagravio.

Escribió pues al árabe Muza ben Noseir y le incitó á una conquista de la España, representándole aquella empresa como fácil y segura y ofreciéndole ayudarle con todas sus fuerzas. Hízole una bella descripcion de la España. Hablóle de su delicioso temperamento, de su claro y sereno cielo, de sus muchas riquezas, de la calidad y virtud maravillosa de sus plantas y frutos, de la escesiva bondad del tiempo en todas las estaciones, sus oportunas lluvias,

(1) Inserta esta carta el historiador Mariana de quien la copiamos.

sus rios y copiosas fuentes, los magníficos restos de sus antiguos monumentos, sus vastas provincias y muchas y ricas ciudades.

Dependia sin embargo Muza del califa de Damasco Walid, y como buen musulman, nada podia emprender sin la anuencia del caudillo de los creyentes. Escribióle pues para conseguirla, no olvidando el decirle que era España superior á la Siria por la hermosura del cielo y fertilidad del terreno, al Yemen ó feliz Arabia por la suavidad del clima, á la India por sus flores y aromas, al Hejaz por sus frutos, al Catay ó China por sus metales preciosos y opulentas minas.

La expedicion quedó decretada.

Julian el apóstata abrió la puerta de España á los sarracenos que se precipitaron como un desbordado torrente.

El atentado mismo que un dia derribó el trono romano, iba tambien á precipitar del solio á la dinastía goda, pero la muger de Colatino no atrajo la venganza mas que sobre los culpables, mientras que el padre de la Lucrecia española hermanó con el castigo del criminal la matanza de todo un pueblo, la esclavitud de todo un pais y los males inseparables de la conquista.

Y sin embargo, hoy, hoy mismo que todavía maldecimos su memoria, hoy que todavía renovamos los epitetos de apóstata y de infiel con que tan justamente le ha tachado la historia, hoy, decimos, si la estatua del conde Don Julian se pusiera en una de nuestras plazas públicas, como algun dia en París la de Perrinet Leclerc, para ser apedreada, qué padre seria el que le arrojase la primera piedra?... (1)

#### IV.

##### LA BATALLA DE GUADALETE.

Así que el caudillo Tarec hubo desembarcado y pisado el territorio español

(1) Lo que cuenta la fábula sucedido en la cueva de Hércules, el ultraje hecho á Florinda y la venganza de D. Julian, han dado pié para muchos dramas y leyendas. El distinguido poeta D. Miguel Agustín Príncipe ha basado sobre ello el argumento de su drama *El conde D. Julian*.